

Ariadna para que recorramos, entre admirados y divertidos, los toboganes y recovecos de la vida artística madrileña en los primeros años del 1900. En el tránsito por las distintas estampas y situaciones se nos presentarán cuestiones de orden general relativas a nexos concretos entre cultura y sociedad. De ningún modo es sólo una especie de parque zoológico para exhibir fauna literaria bien nutrida de picardía e ingenio; más bien es un tratado de estética aplicada a la implacable realidad del día a día.

Aunque de manera fugaz, el nombre de Villaespesa también atraviesa las páginas de *Luces de Bohemia* (1920) en un corto rasgo descriptivo que esboza la endeblez de su circunstancia como promotor cultural.

Al final de la escena novena, Rubén Darío y Max Estrella dialogan sobre la muerte con la mediación de unos vasos de vino. Don Latino de Hispalis también está. Bebe cerveza y más bien escucha. Cambian de conversación y entran a hablar de poesía. Rubén no logra acordarse de los últimos versos que ha escrito. Desde una mesa contigua tercia un personaje que ha seguido la charla:

EL JOVEN: Maestro, donde usted no recuerde, yo podría apuntarle.

RUBÉN: ¡Admirable!

MAX. ¿Dónde se han publicado?

EL JOVEN: Yo los he leído manuscritos. Iban a ser publicados en una revista que murió antes de nacer.

MAX: ¿Sería una revista de Paco Villaespesa?

EL JOVEN: Yo he sido su secretario.

DON LATINO: Un gran puesto.

A partir de estas indicaciones podemos hacernos una idea del tipo de libro en cuestión. En todo caso, el de 1906 es crucial en la vida del pintor Juan Gris. En septiembre, huye a Francia para evitar el servicio militar. Ha ahorrado céntimo a céntimo el precio del billete de tren. Hasta la cama ha sido vendida. Atrás dejaría su estudio de la calle Martín de los Heros y amistades como la del escritor asturiano Pedro Penzol y la del dibujante Enrique Echevarría, que firmaba con el pseudónimo de Echea, y con quien compartía el mencionado taller. Poco antes de partir comunicó su decisión al periodista Corpus Barga.

Juan Gris ya no regresaría más a España; tampoco podrá viajar a ningún otro sitio, pues no tiene pasaporte ni posibilidad de conseguirlo. Se apea en la estación D'Orsay con 16 francos en el bolsillo. En el andén le recibe el pintor Daniel Vázquez Díaz (Huelva 1882-Madrid 1969) que había sido

condiscípulo suyo bajo el magisterio de Moreno Carbonero, cuya clase frecuentó durante 1904 y 1905, y a la que también asistieron grandes artistas en ciernes, como Anselmo Miguel Nieto y Victorio Macho. Los dibujos que lleva en un cartón para ganarse la vida en París denotan la influencia de Bruno Paul y Galbransson. Muchos años después, en conversación privada con Rafael Alberti, entonces exiliado en Roma, Vázquez Díaz le comentó que el verdadero motivo de Gris para emprender viaje fue buscar remedio a sus necesidades sexuales.

El mismo año de 1906, la librería de Pueyo publica *Las Canciones del Camino*, de Francisco Villaespesa, con una cubierta en dos colores: azul



prusia y negro. Está firmada mediante un pequeño rectángulo dividido a lo ancho por un segmento para formar dos minúsculos renglones colocados entre el recuadrado rótulo y el borde izquierdo del paisaje. En el superior va el nombre: Juan, y en el inferior el apellido: Gris; en realidad ambas palabras constituyen un ente de ficción, porque ocultan la identidad del madrileño José Victoriano González, que había nacido en el número 4 de la calle del Carmen, con vuelta a la de Tetuán, a escasos metros del número 33 de la misma calle, donde se encontraban las oficinas de Pueyo.